

Andreu Navarra

LA ESCRITURA Y EL PODER

Vida y ambiciones de Eugenio d'Ors

ANDREU NAVARRA
LA ESCRITURA Y EL PODER
Vida y ambiciones de Eugenio d'Ors

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2018

© Andreu Navarra Ordoño, 2018

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de los derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-616-6
Depósito legal: B. 22.677-2018
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos.....	11
Prólogo. D’Ors, hoy y ayer.....	13
1. D’Ors antes de Xènius. Los años de estudiante (1881-1906).....	39
2. Un gigante con los pies de barro (1906-1911)	83
3. Auge y plenitud de Xènius (1906-1914)	135
4. El imperio de las bibliotecas (1915-1919)	175
5. Mitos y novelas	193
6. Los años de la Gran Guerra.....	221
7. La primera ruptura (1914)	253
8. La defenestración (1919-1920).....	273
9. Encuentro con el Ángel (1922-1927).....	321
10. D’Ors y el fascismo (1931-1936).....	357
11. Senderos de gloria (1936-1942)	381
12. D’Ors, crítico de arte.....	423
13. El filosofar voluptuoso	443
14. La segunda defenestración (1942)	453
15. «Pesadas piernas»: la última plenitud	483
Apéndices	
Obras de Eugenio d’Ors.....	507
Bibliografía.....	513
Índice onomástico	535
<i>Fotografías.....</i>	<i>[192-193]</i>

1

D'Ors antes de Xènius
Los años de estudiante
1881-1906

¿Qué es vivir? Vivir es gestar un ángel para alumbrarlo en la eternidad.*

«Eugenio, José, Juan Ors y Rovira nació a las tres de la tarde del día 28 de septiembre de 1881.» Es la anotación que Enric Jardí, hijo de uno de los amigos más íntimos de Eugenio d'Ors, encontró en el tomo 51, pág. 1544, folio 353 del Registro Civil del Juzgado número 6 de Barcelona. Una copia manuscrita oficial de la partida se conserva en el Archivo General de la Diputación de Barcelona (2282, exp. 1). Constaba también que era hijo de José Ors y Rosal, médico, natural de Sabadell, y de Celia Rovira y García, natural de Manzanillo (Cuba). Nació en el número 3 de la barcelonesa calle Condal. José Ors era pariente lejano de Joaquim Rubió i Ors, «Lo gaiter del Llobregat», verdadero animador de la recuperación literaria de la lengua catalana a mediados del siglo XIX. José Ors, el enfadado y timorato padre del escritor, ejercía la medicina en un consultorio anejo al domicilio familiar y en el Hospital de la Santa Cruz.

Del fundador de la recuperación literaria del catalán se reía bastante el Glosador, constante en sus ataques a cualquier forma de Romanticismo. De Rubió i Ors escribió que «premiado con todas las Englantinas del nacionalismo local más desafortunado, podía sin inconveniente ser nombrado Fiscal del Supremo» (2000: 39). Sobre la *Renaixença*, en la misma página, destila juicios no precisamente amables:

* Los epígrafes que encabezan cada capítulo pertenecen a *Cien aforismos*, Madrid: Casariego, 2005; edición de Carlos D'Ors. (*N. del A.*)

La inspiración de Rubió era romántico-trovadoresca. Su magisterio trascendió en seguida a la institución de los Juegos Florales. Éstos adquirieron, desde el principio, cierta nota convencional y diletantesca, de que no han llegado a desprenderse nunca entre nosotros. Pero lo esencial allí era el cultivo literario de una lengua, hazaña de fecundidad decisiva en el futuro. Tan activa fue, que a mí mismo, con ser el castellano mi lengua maternal y la que ha seguido siendo siempre la familiar en mi casa y prole, me obligó a componer, antes de los diez abriles, unos versos precoces en un catalán de contagio. El contagio se convirtió, cuando la adolescencia, en imperioso. El castellano era el habla de mi hogar, pero el catalán, la de mis camaradas. Esto último tiene una fuerza incalculable. Hacia el fin de siglo, Cataluña estaba llena de jóvenes creyentes en el sentimiento y racionalistas en el pensamiento, como castellanistas en la alcoba y catalanistas en el Ateneo (2000: 39).

No olvidemos que el Pantarca escribía estas palabras en 1950, integrado hasta las cejas en el Movimiento franquista. ¿Se las dictó la conveniencia política? ¿Exageró sobre sus compañeros de las juventudes de la Lliga Regionalista? ¿Su desprecio del nacionalismo catalán, esa hipocresía, eran su cara verdadera durante el ciclo de la Solidaritat Catalana, momento en el que se produjo su éxito literario fulgurante?

Responderemos con un simple indicio: las cartas que D'Ors enviaba a su esposa desde los congresos internacionales de filosofía, y que recogió Vicente Cacho Viu, están escritas en español, y corresponden precisamente a los momentos de mayor identificación con la causa nacionalista liguera, que defendió en público pero no llegó a compartir completamente ni en la teoría ni en el ámbito privado. En una glosa de 1923, hablaba del «virus nacionalista» (2006a: 20). La guerra mundial la interpretó como un fatal sarampión nacionalista capaz de amenazar la vocación unitaria e imperial de Europa. Tampoco está de más señalar que no debería tener nada de extraño que D'Ors tuviera el castellano como lengua materna, siendo su madre cubana. Varela es el único crítico que lo ha señalado (2017: 143).

Sin embargo, y pese a sus burlas respecto a sus ideales de juventud, cosas de «contagio» y de sabor «local», D'Ors confiesa que una edición políglota de las obras poéticas de Rubió i Ors (1888), políglota como la obra del propio Eugenio d'Ors, podían contarse también entre las lecturas de juventud que lo orientaron en su ambición de universalidad.

Xènius estaba muy orgulloso de su ascendencia americana, que siempre reivindicó a través de varios cultivos personales: un afectado ceceo, una gestualidad sensual, que Ramón Gómez de la Serna llamó «regalo tropical», y un interés ininterrumpido por las repúblicas y las letras hispanoamericanas. Por parte materna, tenía un abuelo en Vilafranca del Penedès, ciudad por la que sintió una especial predilección y en la que quiso ser enterrado. Uno de los hechos más gozosos de su vida (D'Ors sentía auténtica predilección por los símbolos, protocolos, homenajes y celebraciones) fue la iniciativa vilafranquina de declararle hijo adoptivo, declaración que fue finalmente formalizada el 17 de septiembre de 1944.

Nuestro autor mitificó el legado colonial de su familia: «Esforzados aventureros, hicieron allí, aparte de su fortuna personal, tres buenas cosas: la Vega del Hoyo de Monterrey, productora de los mejores cigarros del mundo; el ron Bacardí, el licor más propicio a los ensueños marítimos, y el puerto de Manzanillo, en la región llamada Oriente» (2000: 32-33). Su valoración era, por lo tanto, constructora e imperialista, y de esta dimensión puede proceder parte de la fascinación que la isla de Cuba ejerció siempre sobre nuestro filósofo.

Por lo que respecta al ron Bacardí, D'Ors parece que no fue muy exacto. Pero, quizá, no es la palabra «mentir» la más apropiada para juzgar esta añagaza. No seamos duros. La palabra justa es «fabular». Es posible que D'Ors deseara emparentarse o subirse al barco de una gran epopeya industrial catalana en las Antillas, y su manera de expresarlo fuera ésta: inventando un mito fundacional para los Rovira. El fundador de la compañía Bacardí, en 1861, fue Facund Bacardí i Massó, nacido en Sitges en 1815 y muerto en Cuba en 1886, tal y como especifica la *Enciclopèdia Catalana*. Sí es cierto que en 1843 Manuela Bacar-

dí, miembro de la familia que permanecía en Sitges, se casó con Cristóbal Bori, con quien tuvo al año siguiente una hija llamada María Dolores. Esta muchacha se casó con un Rovira, Ramon Rovira Amell, a finales del siglo XIX o principios del XX, y de este embrollo debió de entresacar Eugenio d'Ors que su familia había fundado la casa Bacardí. Un claro caso de magnificación o sinécdoque mítica.

No está de más traer a colación una recomendación que escribió Vicente Cacho Viu en su *Revisión de Eugenio d'Ors*: «Con D'Ors hay que tener la consideración de no tomar nunca demasiado literalmente en serio lo que diga, con tal de no renunciar a imaginarse cuáles puedan ser sus verdaderas intenciones en cada caso» (1997: 21). Pero para filiar el tipo de ficción que utilizaba D'Ors para sus recuerdos, nada como una definición suya de 1928. Nuestro biografiado se confesaba, en la revista *Avance* de La Habana, como un «hijo de cubana, nieto de cubana, cubano me he considerado siempre, en aquella región de verdad donde los derechos que se alegan no necesitan estar expresamente ajustados a las minucias de un tratado o de un Código» (2000: 45). Y, si en esa región ideal o poéticamente justa, Eugenio d'Ors podía presentarse como cubano, merced a un remoto o inexistente parentesco podía también considerarse descendiente de los fundadores del ron Bacardí.

D'Ors recordaba muchos detalles de su casa natal. En 1950 explicó que en los bajos tenía el padre montada su consulta médica, y que su abuelo vivía en el entresuelo. A la calle daban un cuchitril de portero y dos comercios. Uno de ellos vendía libros rayados, para hacer cuentas, y tenía un enorme cartel de cartón piedra que representaba un libro gigante. Luego, esta tienda pasó a vender toda clase de objetos de escritorio. La otra era una vaquería. José Ors había prohibido a la familia consumir leche de ese establecimiento, porque estimaba que aquellas vacas estaban tuberculosas. La leche que consumió el pequeño Eugenio provenía de unas cabras que eran ordeñadas en mitad de la acera, y que pasaban por la calle Condal dos veces al día. La casa familiar olía perpetuamente a pienso de vaca.

Cuando Eugenio d'Ors tenía dos años, todos se mudaron a la calle de San Pablo, frente a los almacenes de papel de fumar de la marca Valadia. Por eso escribió D'Ors que «entrambos olores, el de pienso de zanahorias y el del papel de fumar, dan un fondo común de paisaje olfativo a los recuerdos de mi primera infancia» (2000: 27). Sin embargo, debe precisarse algo: ¿cómo podía recordar el hedor del alimento vacuno un bebé de menos de dos años? Seguramente se lo habrían contado. Los recuerdos orsianos hay que ponerlos bajo sospecha. D'Ors no era exactamente un mitómano, era un mitificador de sí mismo.

D'Ors atribuye a los almacenes de papel de fumar cierta parte de responsabilidad en su educación artística. Explica el autor que la marca Layana envolvía el producto con cromos de historia nacional, representados por pintores españoles del siglo XIX. El niño D'Ors coleccionaba esos cromos, y se ve que eran un horror, y su recuerdo, por negación, engendró la sed de buen gusto posterior (2000: 28).

Otro domicilio relevante en la vida del niño D'Ors, y aún más interesante que dónde creció y estudió, debió de ser la casa de su abuela. De ese loco rincón sí conservaba Xènius recuerdos alegres: «El archivo hablado de la familia se guardaba allí. Se guardaba la memoria de la bisabuela, que todavía tuvo esclavos; y del pariente pródigo, que se los jugaba a una carta en la ferias; y de las rentas que daban los ingenios; y de las obras del puerto de Manzanillo, que habían proyectado mis parientes». Ése era el espacio en el que pudo muy bien nacer la afición orsiana por la mitología, la vocación oral y legendaria de sus narraciones, tan originales y ajenas a las corrientes narrativas de la época. Por la casa de la abuela materna pasaban toda clase de tipos extraños y de novela:

No ya los banquetes de su casa, pero los salones y hasta los dormitorios de la misma, hervían continuamente en una casi muchedumbre de comensales invitados y parásitos que, no quisiera calumniarles, pero supongo que cometían los mayores abusos. Nunca como entonces he visto reunidos tanto número de señoras de color hepático y mantillas negras y pericones en las

manos y medallas con retratos en el pecho, y nunca tampoco conjugarse en cenas y meriendas tantas lágrimas con tanta voracidad (2000: 48).

La abuela invitaba a todo el mundo, incluso a los gorrones. El ambiente allí debía de ser mucho más animado y galdosiano que bajo la férula del padre médico, cuyos dominios también serían galdosianos, pero en otro sentido. Castellanos exhumó, procedente del Archivo Nacional de Cataluña, un volumen manuscrito de poemas debido a la pluma infantil de D'Ors. Los escritos revelaban la formación habitual escolar, y recogían los tópicos de la poesía de la Renaixença, la que partiendo de Aribau culminaba en Verdaguer. Iban dedicados a su padre (1994a: XLV).

A los catorce años, Eugenio d'Ors quedó huérfano de madre. Sobre José Enrique, hermano de Eugenio, se tienen pocas noticias. D'Ors escribió que murió joven en Egipto (2000: 29). También comentó que la ausencia de la madre convirtió esa casa en una realidad que «nada tuvo de amena», por cuestiones de incompatibilidad temperamental entre varones. Otra consecuencia de esa dolorosa muerte, confesó en su sabroso artículo «Recuerdos de México y Cuba» (*Revista de Avance*, Cuba: 15 de febrero de 1928), fue la de convertirse en un lector furioso y un estudiante total: «Yo iba a ser, a partir de ese momento, primero el catalán de los años de estudio, luego el europeo exclusivo de los años de viaje, pero la primera siembra ya estaba hecha» (2000: 49). Es digno de anotar de qué forma, a la altura de 1928, D'Ors corría un tupido velo no sólo sobre su actuación destacada en la vanguardia del nacionalismo liguero («el catalán de los años de estudio») así como los de evolución anticatalanista, que siempre gustó de situar en una esfera internacional que difuminara su ruidoso aterrizaje en Madrid y evitara considerarse un nacionalista español.

La familia veraneaba en Sant Martí de Provençals —entonces un pueblo independiente y hoy un barrio integrado en Bar-

celona—, en una clásica «torre» catalana. Hacia finales del siglo XIX, era frecuente ver pintores como Nonell, Mir o Pichot pintando paisajes rurales de Sant Martí de Provençals. Los recuerdos del autor sobre esa casa giraban en torno a la libertad infantil y la caza de toda clase de insectos y lagartijas. Para empezar, a los niños se les liberaba de las odiosas capas de «camisetas, abrigos, bufandas y pieles» bajo la que sudaban siempre obedeciendo a un padre obsesionado por los catarros y las corrientes de aire. Esos niños ni probaban la leche de las vacas «tuberculosas», ni se les permitía desprenderse de unos horribles gabanes de piel que eran la burla de los niños del barrio. La descripción de los trayectos desde el centro de la Barcelona vieja hasta Sant Martí no tiene desperdicio:

¡Cuán lejos caía entonces San Martín de Provensals! Para la expedición allá había que prepararse con muchos días de anticipo. Primero, se debía avisar a un recadero, dicho, no sin razón, «ordinario». Después venía, si no faltaba a su palabra, el ordinario con un carro para transportar colchones y enseres. Llegada la solemne fecha, un coche comprometido en un alquilador de la plaza de Santa Ana, nos llevaba a nosotros, no con las manos vacías; mientras el servicio, cargado con enormes bultos, iba a pie hasta la calle de Trafalgar, donde nos esperaba a todos, husmeando ya su poco puntual urgencia, un magnífico tren, con chorros de vapor, silbidos agudos y división de clases, primera, segunda y tercera. El tren llegaba, tras de mucha trepidación y mucho jadeo, a una estación que ostentaba la patriótica enseña del Dos de Mayo. Luego, el trayecto se cubría en tartana, fértil en saltos y hedores de mula (2000: 41).

Todo un acontecimiento, pues, moverse hasta Sant Martí, cuando no una auténtica concatenación de milagros. Para hacer un viaje que, en la actualidad, supone diez minutos en metro...

Al referirse a su infancia, Xènius no utiliza un léxico precisamente entusiasta. Califica aquella etapa de «cultivo de estufa», y le atribuye el «pecado» de un «excesivo recogimiento».

Las manías del padre higienista debieron de pesar mucho en aquel niño que pronto empezó a devorar libro tras libro, incapaz de adaptarse al ambiente callejero. Su madre le enseñaba literatura y religión. Un preceptor, matemáticas. Y una «señora», música. D'Ors concluye, en una nota ciertamente triste: «Ni un viaje, ni una excursión siquiera cambiaba mi horizonte. Toda mi vocación de universalidad se quedaba en los atlas y en los ensueños» (2000: 41). Durante sus frecuentes convalecencias (D'Ors no fue un niño especialmente saludable), frecuentaba los volúmenes encuadernados de *La Ilustración Ibérica*, que dirigía Alfredo Opisso. Más tarde destacó de esta publicación la importancia de haber introducido en España arte y literatura extranjeras (Jardí, 1967: 32). Únicamente los veranos en la torre rompían esta gris monotonía infantil. Jugar al aire libre, trepar por los árboles, robar y aplastar tomates, mutilar lagartijas, coger almendras, romperlas y comérselas, ocupaciones más propias de un niño, las realizaba D'Ors en el jardín de su casa de Sant Martí.

D'Ors también dejó escrito un origen remoto (o automito) sobre la Heliomaquia, su ideal ilustrado de toda la vida. Explica que en Sant Martí de Provençals empezaban a proliferar las fábricas (lo cual atestiguan las abundantes chimeneas de ladrillo que aún se conservan en ese distrito) y, por lo tanto, empezaron también a proliferar las concentraciones de obreros y, claro, también el anarquismo. Narra Xènius de qué forma su madre enderezó algunos entuertos entre aquella abigarrada juventud «descarriada». Las esposas y las madres iban a llorar a la señora Celia para que tomara cartas en sus asuntos y mantuviera a los hombres por el buen camino. Recuerda D'Ors, también, cómo los célebres niños semisalvajes que se reían de sus «pellizas», «eran más desastrados aún en San Martín que en las porterías de la Barcelona vieja». Todo en ese ambiente suburbano era un poco más hostil que en el hogar habitual. El niño D'Ors quiso ofrecer a esa chiquillería una función pública y gratuita de teatro, a través de la reja de la casa, «ganoso de procurarles, como remedio a su espiritual miseria, algún artístico recreo» (2000: 42-43). Para tal efecto fue habilitado su teatro de juguete. Sin embargo, en el

preciso momento en que empezaba la función, el pobre niño D'Ors fue abatido por una feroz pedrada que le llenó los ojos de sangre. De esta forma traumática cuenta nuestro autor que dio comienzo la Heliomaquia.

De este suceso infantil, verosímil pero, indudablemente, proyectado hacia el futuro y de magnificada significación, podemos inferir varios rasgos de la ideología del Glosador, sin tener la más mínima intención de adentrarnos en construcciones psicologistas: en primer lugar, parece que su terror a los niños callejeros lo desplazó hacia los obreros adultos, que siempre consideró semisalvajes. En segundo lugar, ese enfrentamiento pudo conducirlo a la construcción de dos espacios antagónicos: el hogar protector, o el estudio, o ermita, o academia privada, y la calle, la intemperie, el lugar de la subhistoria. El imperio del D'Ors adulto era también una campaña vitalicia de colonización interna, una obra civilizadora dirigida hacia el interior del país. En 1950, utilizó la pedrada infantil para justificar tanto su despotismo ilustrado como su desprecio del popularismo. No queremos tanto decir que la pedrada en sí generara todos estos conceptos, como sí indicar de qué modo fue reinterpretada desde un texto de tardía madurez.

Tengamos en cuenta que, para nuestro autor, «España es un perpetuo motín de Esquilache» (1980b: 46). Únicamente una política de imposición cultural podrá vencer esta naturaleza hirsuta, hostil y rebelde.

Pero resulta absolutamente sintomático que el Glosador terminara sus peculiares memorias con la siguiente frase: «Que la lucha por la cultura es una lucha de imposición» (2000: 44). ¿No significará un resumen de su empeño vital? Su relación con la clase obrera, e incluso su complejo sindicalismo, aún no satisfactoriamente dilucidado, depende de estas catalogaciones. D'Ors trató siempre de integrar a las clases subalternas, hasta cuando éstas se levantaban en rebeliones abiertas, pero en ningún caso trató de otorgarles poder político. Su dignificación cultural era una labor humanitaria, por una parte, y por otra parte entrañaba una tendencia paternalista, como en todo regeneracionismo. Dignificar era la única forma de restañar frac-

turas sociales, el único modo no traumático de reformar una sociedad.

Sobre sus aficiones infantiles, D'Ors escribió en el tomito *Gnómica*: «Desde mi infancia he gustado especialmente de tres diversiones: dibujar, nadar y hacer cuadros sinópticos. Si bien se mira, se trata en todo ello de lo mismo: de imponer figura a lo amorfo» (1941a: 15). Dibujar y trazar cuadros conceptuales, lo hizo en sus domicilios barceloneses. En cuanto a nadar, nadaba en la playa de la Barceloneta.

Las primeras lecturas importantes de nuestro autor las relaciona con el padrinazgo intelectual de un tal señor Garrigosa, del cual únicamente sabemos que era liberal y que poseía muchos grabados en su despacho, y gracias a quien el jovencito D'Ors descubrió a Hugo, Renan, Voltaire y Michelet.

D'Ors cursó sus estudios en el Colegio Cataluña (1893-1894) y realizó parte del bachillerato en el Instituto General y Técnico, hoy Jaume Balmes, el único con carácter oficial en la ciudad, terminando la secundaria en 1897. Luego inició la carrera de Derecho en octubre de 1897 y la finalizó en junio de 1903. Sus notas fueron muy brillantes, con la excepción (iqué curioso!) de Elementos de Hacienda Pública, y un bueno en Derecho Romano.

La universidad barcelonesa le inspiró más pena y desdén que otra cosa. Más adelante la recordó con sarcasmo. Aun así, parece que las bullangas y el espíritu combativo del naciente nacionalismo político le agradaron y se sumó a ellos con gusto y entrega. Charlar con los apicarados compañeros y protestar compensó la grisura general de los estudios oficiales de Derecho. Entre 1897 y 1903 trabó amistades que duraron mucho tiempo; sin embargo, algunas terminaron en 1920, cuando se precipitaron los escándalos sobre su gestión funcional y sus derivas ideológicas. Entre aquellos amigos estudiantes encontramos a Manuel Rius i Rius, marqués de Olérdola, hijo de Rius i Taulet, alcalde de la ciudad, promotor de la Exposición Universal de 1888; a Enric Jardí padre, a quien dedicó una glosa el 27 de mayo de 1908; a Francesc Layret, figura clave del republicanismo catalanista y pedagogo de primer orden, y Lluís

Companys, futuro presidente de la Generalitat republicana. A Layret le dedicó una sentida necrológica cuando fue asesinado a tiros por pistoleros de la patronal (1947, I: 339), y asistir a su entierro fue interpretado como un desafío a la dirección liguera; en cambio, sobre Companys llegó a expresar que se sentía mucho más compatriota del dictador Salazar que del presidente catalán (1947, II: 612). El detalle es significativo de hasta qué punto había ido abandonando el sindicalismo de izquierdas entre 1923 y 1937.

En el Archivo General de la Diputación de Barcelona se conserva el expediente universitario de Eugenio d'Ors, con todas sus otras certificaciones académicas (2282, exp. 1). El documento tiene un gran valor, porque nos permite conocer qué asignaturas cursó, en qué año, y saber también hasta qué punto brillaron sus calificaciones. Durante el curso 1897-1898, estudió Metafísica, Literatura General y Española e Historia Crítica de España, obteniendo sobresaliente en las tres y premio en las dos últimas; en el curso siguiente (1898-1899), estudió Derecho Natural, Derecho Romano y Economía Política y Estadística. Hay en este curso un dato anómalo: D'Ors obtuvo sobresaliente, premio y matrícula de honor en dos asignaturas, pero únicamente un bueno en Derecho Romano.

Entre 1899 y 1900 cursó Historia General del Derecho, Derecho Canónico y Derecho Político y Administrativo. Obtuvo un sobresaliente y premio en las tres, pero matrícula de honor en las dos últimas. En el curso 1900-1901, consiguió las máximas calificaciones y menciones posibles en Derecho Civil, Derecho Administrativo y Derecho Penal. Entre 1901 y 1902 superó cuatro asignaturas: Derecho Civil (segunda parte), Procedimientos judiciales, Derecho Internacional Público y Hacienda Pública. El detalle significativo es que alcanzara sólo un notable en esta última (¿un presagio?). En las demás, sobresaliente con matrícula de honor. Finalmente, durante el curso 1902-1903, el joven Eugenio d'Ors terminó su carrera superando Derecho Mercantil, Práctica Forense y Derecho Internacional Privado, remachando su trayectoria con más sobresalientes y matrículas de honor.

Nuestro alumno obtuvo el Grado de Licenciado en Derecho el 27 de junio de 1903. Como colofón, le fue concedido el Premio Extraordinario de Licenciatura. Como es notorio, se trataba de un joven con ganas de destacar.

Durante sus años estudiantiles, Eugenio d'Ors frecuentó desde 1902 un taller de artistas bohemios situado en un cuarto piso de la antigua plaza de l'Oli, actualmente plaza de Berenguer el Gran, en la vía Laietana. A ese taller traían sus chicas y sus ganas de fiesta toda clase de jóvenes anarquizantes, modernistas y desaforados. La peña se llamaba El Guayaba, que era una deformación burlesca del Valhalla wagneriano. Por allí desfilaron los artistas Pere Ynglada, Joan Vidal i Ventosa, Francesc Labarta y Esteve Monegal, y ocasionalmente Isidro Nonell y Picasso; procedían de otros ámbitos universitarios interesados en las artes y la literatura: los amigos íntimos de D'Ors Enric Jardí y Joaquim Borralleras, Manuel Rius y Arnau Martínez Serinyà. Borralleras es una figura clave de la época, puesto que durante muchos años dirigió la tertulia más importante del Ateneo.

En El Guayaba los estudiantes utilizaban un sofá legendario. Según las fuentes orales, en aquel sofá había fallecido Bartomeu Robert, ex alcalde de Barcelona y destacado líder catalanista. Al parecer, Robert murió de un ataque cardiaco fulminante en un restaurante, el Pince, durante un banquete celebrado en su honor, el 10 de abril de 1902. El mueble fue declarado de interés histórico por la Lliga Regionalista, que se lo entregó a D'Ors para que lo restaurara. Sin embargo, los de la peña bohemia le dieron un uso tan agresivo (al parecer consumaban allí sus amores efímeros) que el sofá terminó en los Encantes, totalmente desvencijado (Jardí, 1967: 40-41).

Así como D'Ors, siempre reservado con su vida, dedicó tintes melancólicos a sus años de infancia, parece que disfrutó en este ambiente libre y alocado, tal y como se desprende de sus evocaciones de aquellas veladas estudiantiles, así como de sus correrías nocturnas por Madrid.

Terminada la carrera, entre marzo de 1904 y abril de 1906, D'Ors residió en la capital del Estado para cursar las asignaturas de doctorado. Su domicilio era calle de Esparteros, 8. El título

de su tesis es una premonición de la teoría ideológica que guiaría toda su actividad política, así como su Heliomaquia: *Genealogía Ideal del Imperio (Teoría del Estado-Héroe)*, que editó la casa Henrich aquel mismo año. Las influencias ideológicas de este trabajo eran fundamentalmente Thomas Carlyle y Houston Stewart Chamberlain, yerno de Richard Wagner. Hoy en día, el folleto es inencontrable. Ni siquiera Jardí pudo verlo. Varela confirmó que Xènius no llegó a leer esta tesis (2017: 51 y 295).

Vicente Cacho Viu sugiere que dos años es un tiempo muy superior al que muchos otros escritores de su tiempo necesitaron para conseguir el doctorado (1997: 39). La razón no puede ser otra que la siguiente: D'Ors trató por todos los medios, lográndolo sólo a medias, de incorporarse al mundo literario de la capital estatal. Allí publicó su primer libro y consolidó sus primeras amistades entre los intelectuales castellanos. Volvemos a ello.

En Madrid, presentado por el músico Joan Gay, conoció a Juan Valera, ya muy envejecido y prácticamente ciego. Junto a Jacinto Grau, a quien llamaba cariñosamente Cinto, escribió una obra teatral titulada *Después del Milagro*, que no pudo ser representada. En 1908, Grau se la ofreció a Adrià Gual para intentar rescatarla para las tablas, pero D'Ors se apresuró a impedirlo (Jardí, 1967: 45). Cuatro años antes, en 1904, también con Grau, D'Ors visitó Cadaqués en verano y convivió en calidad de huésped con la pescadera Lidia Noguera Sabana, a quien mitificaría medio siglo después en su último libro, la novela *La verdadera historia de Lidia de Cadaqués*. Según una carta de Víctor Rahola reproducida por Josep Pla en *Un viatge frustrat*, D'Ors se encontraba delicado de salud, y acudió a Cadaqués con la esperanza de descansar y reponerse de una anemia (Masanés, 2001: 31-32). En la maleta llevaba algunas obras de Nietzsche.

Lidia, la pescadera, hija de una célebre bruja apodada la Sabana, se enamoró intensamente del joven D'Ors en 1904. Leyó con avidez sus papeles, le quitaba los libros, intentaba comprender las charlas de sus huéspedes, y quiso ser como ellos. Lidia hacía poco caso de su marido y de sus dos hijos. Pero

los veía poco, porque siempre estaban fuera de casa, trabajando u organizando correrías. Llevaban, de algún modo, una vida nómada. D'Ors se empapó de aquel ambiente marinero y disfrutó como nunca de su retiro:

Desde el balcón, podía reseguir toda la bahía, de lado a lado, entera, al detalle. Todo Portdoguer y Es Portal delante, y a la derecha el paseo. Una bahía que resultaba perfecta por su definición de líneas. Se sentaba en el balcón cada tarde, cuando la luz ya no venía saturada de sol y lo dejaba todo de color de malva. Se sentaba y escribía. Se sentía grande allí. Se sentía un clásico (Masanés, 2001: 36).

A Amadeo Vives le escribió que Cadaqués le parecía «platónica», es decir, un lugar digno de la Antigüedad griega.

Aunque el marido de Lidia y sus dos hijos sintieron celos del señorito que acaparaba los servicios de la madre, no significaron un obstáculo para sus conversaciones. Sin embargo, hubo tensiones en la familia. Durante una travesía nocturna a remo por el Cap de Creus, el joven D'Ors se mareó y hubo que volver a puerto. La madre increpó a los hijos, y éstos se revolieron contra ella, acusándola de proteger más a los forasteros que a los de casa.

El Nando que rema en *La Ben Plantada* no puede ser otro que el Nando con quien se había casado Lidia.

La asombrosa locura se desató unos años después, cuando Lidia leyó *La Ben Plantada*. Esta lectora voraz se identificó inmediatamente con el personaje de Teresa, y a partir de entonces comunicaba a todo el mundo que ella misma era La Ben Plantada. Fue incluso más lejos: durante toda su vida creyó a pies juntillas que Xènius le hablaba a ella mediante un lenguaje cifrado que, naturalmente, sólo conocían ellos dos. Lidia, cuyas cartas se conservan en el Archivo Nacional de Sant Cugat, escribió incansablemente a Eugenio d'Ors durante el resto de su existencia, mientras que éste no le contestó jamás, aunque sí leía las que recibía de ella. Lidia estaba convencida de que frases de sus epístolas se colaban entre las glosas, tal y como se

lo trataba de demostrar a Salvador Dalí, uno de sus principales confidentes, y de que Xènius le hablaba exclusivamente a ella a través de símbolos secretos. Durante décadas se dedicó a elaborar una compleja trama cabalística a través de la cual interpretaba el mundo a partir de las glosas de Xènius (Masanés, 2001: 65).

En unas notas inéditas sobre Lidia, Salvador Dalí dejó escrito que

era capaz de establecer relaciones completamente coherentes entre cualquier hecho y su obsesión del momento con una negligencia sublime de todo el resto, y con una elección del detalle y un juego de ingenio tan sutil y tan calculadamente hábil, que a menudo era difícil no darle la razón en cuestiones que sabíais que eran completamente absurdas. Interpretaba los artículos de D'Ors, al pasar, con unas coincidencias y unos juegos de palabras tan bien hallados, que no podíais dejar de maravillaros ante la violencia imaginativa desconcertante con que el espíritu paranoico puede proyectar la imagen de nuestro mundo interno en el mundo externo, tanto da hacia dónde, ni de qué manera, ni con qué pretexto (Masanés, 2001: 66).

Tanto Lorca como Dalí encontraron inspiración en esta personalidad tan acusada. Sin embargo, Salvador Dalí padre, que ejercía de notario, llegó a incomodarse ante los excesos de Lidia, y a pedirle por carta a D'Ors que deshiciera todos aquellos equívocos. Con el tiempo, Lidia se convertiría en una protectora decisiva de los amores escandalosos entre Salvador Dalí hijo, el pintor, y Gala.

Tan extraordinaria admiradora devoraba, además de los glosarios, *L'Esquella de la Torratxa*. En los años veinte también se interesó por *Revista de Occidente*. Entre sus amigos, huéspedes, corresponsales y conocidos figuraron Picasso, Dalí, Gasch, Lorca, Duran i Reynals, Puig i Cadafalch y los Marquina. En el cesto del pescado que vendía, llevaba siempre su sobado ejemplar de *La Ben Plantada*, libro que se ponía a leer de repente en cualquier ocasión. Se lo había entregado el poeta Marquina,

confidente que con frecuencia ejercía de correo entre Lidia y «su maestro». Otras veces se refería a D'Ors como «amigo del alma». Era, según Cristina Masanés, «toda ojos», y físicamente el arquetipo femenino de los escultores mediterraneístas, Maillo o Clarà. A D'Ors le recordó a la actriz La Tirana, pintada por Goya, retrato que había contemplado en el Museo de la Academia de Bellas Artes de Madrid.

En 1909, Santiago Rusiñol inició en *L'Esquella de la Torratxa* su contraglosario satírico, firmado con el pseudónimo «Xarau». Lidia se indignó y escribió una carta furibunda al director de la publicación. Ya antes de 1911 se había convertido en una defensora acérrima de su joven protegido. Todos los detalles de la asombrosa personalidad de Lidia Noguer pueden ser conocidos a través de la magnífica biografía que Cristina Masanés publicó en 2001.*

En 1908, trabajando como periodista y traductor, D'Ors obtuvo una de las primeras becas para viajar al extranjero que concedió el Institut d'Estudis Catalans. Su pensión tenía que durar dos años, y debía servir para estudiar las nuevas metodologías científicas francesas. Durante esa estancia conoció al filósofo Bergson. En abril de 1910, D'Ors contaba a Maragall por carta que pensaba solicitar una prórroga para su misión en París. Su pensión fue prorrogada hasta noviembre de aquel año, ya que nuestro autor había mostrado deseos de pasar unos meses en Múnich. Como han señalado Cacho Viu y Pol Pi Joan, D'Ors se asfixiaba en Barcelona, y hacía todo lo posible por mantenerse lejos de casa, aunque sus glosas llegaran puntualmente a *La Veu de Catalunya*.

La vida estudiantil de D'Ors tuvo una segunda parte, sin duda mucho más vocacional que la primera; entre 1910 y 1912 emprendió y acabó la carrera de Filosofía y Letras, obte-

* Según esta especialista, lo realmente extraordinario del caso de Lidia Noguer es que desarrollara su fuerte personalidad al margen del deseo de Eugenio d'Ors, que no volvió a Cadaqués hasta cincuenta años después de haberla conocido. Lo realmente increíble de Lidia no es que se creyera Teresa, sino que *se fuera convirtiendo en Teresa* a través del cultivo de la lectura y su deseo amoroso autocomplacido (2001: 58). (N. del A.)

niendo el Premio Extraordinario de Licenciatura, pero sin haberla cursado, sin acudir a clase, como alumno libre. Desde luego, entre 1910 y 1912, D'Ors hubiera podido impartir las lecciones en lugar de recibirlas. En París se divirtió: investigó. A Maragall, por ejemplo, el 10 de abril de 1910, le explicaba, en la carta ya mencionada, que trabajaba dos veces por semana en el asilo de Villejuif, experimentando sobre memoria y procesos orgánicos de retención de recuerdos en peces y flores. Cuando D'Ors mostraba deseos de ejercer de científico, no lo hacía en broma o con ánimo de molestar: en París realizaba experimentos, visitaba el Instituto Pasteur, pensaba platónicamente que la única forma de regenerar su patria era echándole horas al laboratorio.

Sin embargo, terminó anclado en el Museo del Prado, pontificando sobre dibujos, cúpulas, torres medievales y pintura musical.

En 1955 Pujols le criticó no haber integrado completamente sus conocimientos biológicos en su pensamiento:

Eugenio d'Ors se detuvo en la escala del Santo [se refiere a Tomás de Aquino] porque, a pesar de tener la cultura biológica que poseía, no quiso completarla añadiéndole el peldaño de los protozoarios descubiertos en los tiempos modernos por la iniciativa de Pasteur, ya que los protozoarios, como los animales antediluvianos, fueron desconocidos de los antiguos (1955: 92).

Sin embargo, resulta evidente que el D'Ors de la época del Institut d'Estudis Catalans buscaba proponer una armonización total entre los pensamientos científico, artístico y religioso, y los tropos que mezclan estos tres ámbitos se entremezclan continuamente. Por ejemplo, en su célebre prólogo a *La muntanya d'ametistes* del poeta Guerau de Liost (1908), compara la poesía de Bofill con la producción de glicerina sólida por parte de la industria química. Ocurren que, posteriormente, cosechó la hilaridad de Josep Pla. Recordemos que, según Xènius, la razón y la potencia intelectual eran procesos de auto-defensa inmunitaria, relacionables con la diastasa celular, el

proceso mediante el cual los organismos básicos se defendían de las agresiones externas. Como veremos cuando nos centremos en la filosofía orsiana, nuestro autor siempre consideró un descubrimiento haber considerado las actividades del espíritu humano (la religión, el arte y la ciencia) como respuestas biológicas a las amenazas de la naturaleza.

Es posible que el personaje Octavio de Romeu rondara por la cabeza de Eugenio d'Ors desde 1902, año en que publicó, en la efímera revista *Auba*, número 5-6, correspondiente a marzo y abril, un poema firmado por una misteriosa mujer, Charlotte Rowers, que se había confesado enamorada de un tal Octave. La composición estaba datada en Fiesole, y en agosto de 1901 (Ors, 1994a: 12). Si algo debe destacarse de este poema temprano es el denso juego de espejos, y el juego espaciotemporal, tan del gusto del futuro Xènius, siempre aficionado a barroquismos y trampantojos. El 15 de febrero de 1903, en el tercer número de la revista literaria *Catalunya*, Octavi de Romeu firmó las ilustraciones del cuento «La bona fada», del escritor mallorquín Joan Rosselló de Son Forteza. La revista la dirigía Josep Carner, y aquel número concreto estuvo dedicado en gran parte a la sentida desaparición del novelista Marià Vayreda, autor de *La punyalada* o *Records de la darrera carlinada*.

Con el *Glosari* de *La Veu de Catalunya* ya muy consolidado, Eugenio d'Ors publicó, en *El Día Gráfico*, entre el 14 de octubre de 1913 y el 7 de julio de 1914, su serie *Conversaciones con Octavio de Romeu*. La resucitó en dos ocasiones: en *Nuevo Mundo*, de Madrid, entre el 24 de junio de 1921 y el 26 de agosto del mismo año; y por última vez en *Informaciones*, también de Madrid, entre el 21 de abril de 1944 y el 8 de diciembre de ese mismo año. En *El Poble Català*, D'Ors había utilizado ese nombre para vincularlo a sus comentarios sobre pintura contemporánea. Más adelante, como señaló Enric Jardí, «convirtió a Octavi de Romeu en su álgter ego, el que reservó las actitudes más extremas... En suma, "Octavi de Romeu" fue un Eugenio d'Ors de combate sin disimulo, no obstante su carácter ficticio» (1967: 23). Por ejemplo, parte de su sutil propaganda pro alemana de 1914 la firmó con ese heterónimo, desde *El Día Gráfico*.

O soltaba este amigo cortantes sentencias como «el clásico se *hace*, pero el impresionista *nace*» (1908b: 157).

Hacia 1928, el personaje seguía más vivo que nunca, participando como personaje destacado en la novela *Sijé*, donde incluso se le describe físicamente: «de Barrès, la estatura, la delgadez, el mechón caído, que, en la frente del nuestro, es ya del todo cano; la mirada melancólica, aunque encuadrada aquí por rasgos más regulares y menos amarillos» (2011: 63). Octavio de Romeu, en las novelas, era un personaje muy azorinesco, que fue madurando y acompañando a Eugenio d'Ors hasta el fin de sus días.

Octavio seguía vivo en 1949, año en que Eugenio d'Ors le hizo escribir una carta a otro álter ego célebre de las letras anteriores a la Guerra Civil: Juan de Mairena, el filósofo inventado por Antonio Machado. La carta vio la luz en los números 11-12 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, y luego en el volumen *Confesiones y recuerdos* (2000: 107-119), y puede entenderse como una nebulosa e idealista encajada de manos entre dos intelectuales que la guerra separó, entre un perdedor que sólo pudo sobrevivir en la esfera intelectual, y un vencedor desengañado y eremita que se refugió en la ensoñación. Como hubiera sido muy confuso plantear una encajada de manos entre D'Ors y Machado, nuestro autor volvió a echar mano de su vieja creación para expresar estas palabras tan nostálgicas como autojustificativas.

Hacia la segunda mitad de los años cuarenta, D'Ors, tan amigo de Manuel Machado, volvía sobre la obra de su hermano Antonio. Lo sabemos porque «cuando en 1947 el editor madrileño Manuel Aguilar inició la publicación del *Nuevo glosario*, que recopilaba las glosas publicadas en castellano desde 1920 a 1926, D'Ors escribió un prefacio en el que incorporaba, como lema, un texto de Antonio Machado, a D'Ors referido y titulado: «Yo soy el que no hace oposiciones», que resultó tan grato al glosador que lo repetiría más de una vez» (Lago, 2004: 139).

Sin embargo, el álter ego por antonomasia de D'Ors fue, como todo el mundo sabe, «Xènius». Valverde lo relacionó con las formas «Eugenius», «genius» y, atención, con las «Xenien»

de Goethe (1989: XIV), un género muy próximo a la glosa que utilizó también Pere Coromines. Según Díaz-Plaja, el término «Xènius» descendía del célebre «Peius», que designaba, en la Barcelona de la época, al humorista y extravagante filósofo Pompeu Gener (Lago, 2004: 171).

También en 1903, junto con el compositor Jaume Pahissa, Eugenio d'Ors traducía *Edipo rey*, de Sófocles. Teniendo en cuenta sus derroteros estéticos posteriores, no es un dato que deba pasarse por alto. La traducción, en la que también colaboró su hermano José Enrique D'Ors, debía servir de base para dos representaciones del Teatre Íntim de Adrià Gual, en marzo. Tres años después, el 14 de marzo de 1906, dedicaba a su amigo Pahissa una admirativa glosa, cuyo contenido nos viene a indicar que las coordenadas del *noucentisme* orsiano no estaban aún demasiado perfiladas: el atuendo estrafalario de su amigo, y la rebeldía modernista en general, no le parecían nada mal (1996a: 51-53).

Y aunque él lo negara, existen evidencias de que militó en las filas del catalanismo político, incluso antes de trabajar para los líderes de la Lliga Regionalista. Por ejemplo, su nombre figura al pie de un manifiesto lanzado por la Agrupació Escolar Catalanista Ramon Llull para oponerse a la reforma del notariado que intentaba impulsar Eduardo Dato (*La Veu de Catalunya*, 3 de marzo de 1903). Eugenio d'Ors formó parte desde su misma fundación de la organización juvenil de la Lliga Regionalista, la Federación Escolar Catalana. En 1903 disertaba en esta organización sobre Gabriel Alomar y, en otra alocución, sobre la propuesta de una Escuela Naval impulsada por Joan Antoni Güell i López. En 1905, participaba en el Primer Congrés Universitari Català, como «estudiante de Derecho y representante del Círculo Artístico de Sant Lluç». D'Ors era miembro, también, de la coral Catalunya Nova (Castellanos, 1994a: XVIII); por lo tanto, su socialización juvenil se produjo como la de cualquier otro estudiante catalanista más, en el seno de la red acostumbrada de entidades que formaban la plural constelación nacionalista. Escribe Castellanos: «Los contactos establecidos a partir de 1903 (el grupo de Carner, la re-

vista *Universitat Catalana* y, sobre todo, la colaboración con la Federación Escolar Catalana, con la consiguiente participación en el Congreso Universitario Catalán) son indicio claro de un D'Ors que está buscando su plataforma de actuación pública» (1994a: XXI). El verdadero punto de inflexión debe situarse entre 1903 y 1904, cuando en el joven escritor empieza a predominar el ensayo sobre la narrativa y la poesía. Muchos de los artículos de *El Poble Català* reflexionan sobre el papel del intelectual en la sociedad («En Zulueta, regidor de Barcelona», «La dolça vida civil», «El Jo Acuso!» y «Visquen les oposicions!»). Es el preciso momento en que la protesta del bohemio deja paso a las ideas propias, al arbitrista civil. D'Ors se ha acercado al radicalismo de Alomar: únicamente falta, para construir el andamiaje del *noucentisme*, que ese grito civil se hermane con la concepción del imperio, para que nazca el D'Ors totalmente original de 1905-1906.

El trabajo «Visquen les oposicions!» (*El Poble Català*, 24 de marzo de 1906) resulta fundamental para entender la naturaleza de sus inquietudes regeneracionistas. Contiene uno de los principales rasgos de la ideología reformista: la superación del dualismo entre izquierda y derecha. Tanto progresistas como conservadores son gentes corruptas y escépticas: la verdadera rivalidad es entre dinámicos y estáticos, entre intervención e inercia, trabajo y pereza, idealistas frente a estafadores de la política. Los progresistas son también conservadores. La verdadera oposición la ejercen los «arbitrarios».

Su contribución al Primer Congrés Universitari Català, en defensa de las ciencias especulativas, tiene ya un aroma francamente orsiano, y marca un paso decisivo en la conformación ideológica de Xènius. En esa ocasión, D'Ors citó las tesis de Alexandre Cortada, quien, desde la revista *L'Avenç*, había abogado por la superación del decadentismo moral. El nuevo intelectual, según D'Ors, apoyado en Cortada, no divorciaba la acción de la inteligencia, y se mostraba responsable con el destino de la nueva Cataluña autónoma y su sociedad. El creador, en lugar de apartarse de su medio burgués, se lanzaba a educar al pueblo, y a «despertarlo» (Castellanos, 1994a: XXIII).

En realidad, la lengua utilizada por D'Ors empieza a ser la del regeneracionismo institucional, la de los escritores con corbata de la generación del 14. Las diferencias con el programa del modernismo empiezan a ampliarse y a hacerse evidentes: «*L'Avenç* mostraba explícitamente su desconfianza en las soluciones políticas a las que responsabilizaba de la situación de degradación de la vida colectiva y fundamentaba todo su programa en el individuo» (Castellanos, 1994a: XXIV). Hacia 1890, la vida nacional languidecía en las comodidades del turno y el caciquismo. A partir de 1901, ya no se podía decir lo mismo en Cataluña: había surgido una nueva fuerza política que barrió rápidamente a los partidos tradicionales. La sociedad catalana se había disciplinado en torno a un programa autonomista y reivindicativo. El joven D'Ors debió de percatarse de que ese impulso podría servirle para implantar las reformas culturales por las que empezaba a suspirar. Ese impulso ciudadano era el que debía derramarse en forma de imperialismo.

En ese preciso instante, nuestro joven ensayista se muestra abiertamente antidemocrático, y exalta a la figura del héroe mesiánico: «Se atribuye al Pueblo lo que es obra del Héroe; se quiere conceder a la Humanidad lo que exclusivamente es debido a un Hombre, como si la invención y la dirección fueran concedidas a las multitudes». Concluye: «El imperialismo es hoy la gran fuerza social sintetizadora». «Responsabilidad» significa «Intervención», obligación moral de influir en la vida del prójimo y reformarla. Es decir: imposición. Pura Heliomaquia.

Este mesianismo, esta adopción de Carlyle, es lo que impidió que D'Ors se integrara en la Lliga Regionalista, al fin y al cabo, un partido político. Eran los partidos los que debían seguir a sus héroes, y no éstos los que debían plegarse a los deseos de las multitudes. Por eso encontró en Prat el ideal de líder carismático, moldeador de pueblos. Él mismo empezó a perfilarse como Prometeo social, o como Sócrates. El cristianismo, por lo que tenía de ideal de igualdad, atomizaba a la ciudad jerarquizada y actuaba como un factor disolvente. Por esta razón, el ciudadano consciente se convertía en un burgués, siempre paganizante. Las únicas estructuras sociales fuertes eran las

inspiradas en el clasicismo, que era republicano por definición. El cristianismo que defendía D'Ors era el pospaulino, el que ponía en circulación la idea de un «deber social» de obediencia y contribución personal al mantenimiento de un imperio. El sindicalismo tenía un origen cristiano que debía ser corregido, a través de un sindicalismo de orden emanado desde las instituciones de gobierno. Y este sindicalismo tenía que ser confesional y disciplinario, un apuntalamiento lateral del poder político. El hombre debía desembarazarse de las micromonarquías y las nacionalidades, para construir estructuras supraestatales: confederaciones e imperios.

En cuanto al protestantismo, D'Ors lo detestaba. Le parecía un empobrecimiento arrasador de las creencias humanas, una religión demasiado abstracta y simplificada, un fanatismo racionalista e iconoclasta. Nuestro autor se posicionó explícitamente a favor de la proliferación de cultos diversos y aficiones a todo tipo de imágenes, reliquias, milagros, leyendas: una autoridad superior que no reconocían los protestantes garantizaba la unidad en la variedad (Aranguren, 1981: 149).

Como escribió Castellanos, «por lo que respecta a la teoría orsiana, sí que debe remarcarse que la formulación nace al margen de la Lliga y que contiene abiertamente una descalificación del nacionalismo y de los argumentos regeneradores, naturalistas, democráticos, que utilizaba el catalanismo» (1994a: XXVIII). D'Ors utilizó esas palancas y plataformas, pero tenía una idea elitista del ejercicio del poder. Aunque, cuando manifestó su apoyo a la Ley de Administración Local de Maura, D'Ors cumplía órdenes, puesto que la Lliga, en esa coyuntura, actuaba como aliada puntual del líder conservador (Castellanos, 1981: 76). La entrevista fue publicada en el segundo número de *La Catalunya*, en 1908. Es la misma en la que se presentaba a sí mismo como un intelectual independiente, hablaba de Cambó como del trabajador incansable en el exterior de Cataluña, de Prat como el organizador interno de la nación, mientras que el espíritu de la empresa colectiva del catalanismo lo atribuía a la juventud que ofrendaba su cuerpo y su sangre a la construcción nacional.